

Magnífica Turín

Antigua capital del Reino de Italia y luego de la industria automovilística “Made in Italy”. Turín es mucho más que eso, y hoy nos muestra su lado más aristocrático, con la “Corona di Delizie” y otras herencias de un ostentoso pasado.

Por Lorenza Scalisi
Fotos de Ana Hop





Soy de Milán, y los milaneses no vamos a hacer turismo a Turín. Éste ha sido siempre un dogma inamovible, muy provincia, puede ser, pero muy cierto. Al menos hasta hace unos años. Entonces Turín significaba negocios y nada más. Ciudad industrial, en resumen. Puede ser que más que Milán, que desde siempre ha sido el "motor" de la economía italiana. Aunque más allá de los lugares comunes, si hay una ciudad que entiende de motores, sin duda, es Turín, sede de Fiat —Fabbrica Italiana Automobili Torino— hoy conocida como FCA, Fiat Chrysler Automobiles.

Y, sin embargo, cerca de diez años más tarde, recorro por primera vez los 125 kilómetros que separan Turín de Milán para hacer un reportaje de la ciudad, y descubro el sentido de lo que hasta ahora me parecía una etiqueta que se le había puesto sólo por énfasis periodístico, la de llamarla "la pequeña París". Pero en cambio, ahí está, "le Petit Paris", con su basílica di Superga en la cima de la colina, más bella todavía que Montmartre; ahí están sus paseos infinitos, iluminados de manera que la noble arquitectura luzca su mejor cara y puedan apreciarse los detalles ocultos. Hay un estilo *haussmaniano* que casi recuerda a la Rive Gauche. Y el río Po que anima, a su paso el centro de la ciudad, con meandros y giros que enriquecen el trazo de las calles, que de otra forma sería demasiado cuadrado y geométrico, recuerdo de aquella original "centuriatio romana" trazada en el 28 a. C., cuando fue fundada Julia Augusta Taurinorum. Y la Mole Antonelliana, que con su silueta puntiaguda le hace la competencia a la Torre Eiffel.

Pero sobre todo, lo que viste a Turín como una ciudad de elegancia, tanto como a la Ville Lumière, son los cientos de rastros de su pasado reciente como capital del Reino de Italia. Tal vez porque ésta fue la primera capital del país, cuando en 1861 Italia fue finalmente unificada bajo una única bandera y un único linaje, el de los Saboya, con 18 siglos de historia en la espalda, una de las familias más antiguas de Europa que tenía, además, su cuartel general en Turín. Y los Saboya están en todas partes, en cada plaza, en cada calle, en cada palacio e institución: Corso Regina Margherita,

Corso Vittorio Emanuele II, Via Principe Amedeo, Via Carlo Alberto, Via Duchessa Jolanda... Nombres que recorren los 85 años que duró el reinado, hasta 1946, cuando llegó la República. El sentido de este increíble paseo que sugiero hacer por el capítulo más aristócrata de la historia italiana propone descubrir los tesoros de Turín, alrededor de los cuales se fundamenta y está construida la Italia de hoy. Ni más ni menos. Les guste o no a los milaneses, como yo.

Primera parada, el Palazzo Carignano, a escasos 100 metros de la centralísima Piazza Castello, y a 50 del Museo Egizio: otra de las grandes atracciones turinesas que le debe su origen a los Saboya. De hecho, fue Carlo Felice quien, en 1824, movido por la moda que renovó el interés en la antigüedad egipcia, fruto de las expediciones napoleónicas de finales del siglo XVII, decidió comprar la que por aquella época se creía la colección más rica del mundo por número e importancia de piezas. Hoy, considerada la segunda en importancia, después de la del Museo de El Cairo. Dos horas de inmersión total entre papiros, sarcófagos y joyas con más de tres mil años de antigüedad.

Pero créanme, Palazzo Carignano, muchas veces despreciado por los turistas, opacado por el esplendor de Faraoni & Co., no es poca cosa. Apenas pasando la entrada se puede admirar el Apartamento de los Príncipes, completamente recubierto por hojas de oro de tibar. Una riqueza que uno no esperaría tan pronto, en el primer piso, pero es apenas una de las muchas sorpresas que esconde el interior de este edificio, reconocido como una de las construcciones más originales del periodo Barroco en toda Europa. De inmediato da curiosidad la curvilínea fachada en ladrillo para la cual pareciera que el arquitecto Guarino Guarini se inspiró en los diseños de Bernini para el Louvre (una pieza que falta, pues nunca se construyó). Sea cierta o no la leyenda, la primera de tantas de este palacio, aquí nació Vittorio Emanuele II, destinado a convertirse en el primer rey de Italia, y luego, ésta fue la primera sede del Parlamento.

Entrar en el antiguo salón del Parlamento, en el piso noble, hoy parte del Museo Nazionale del Risorgimento, causa emoción: no hace falta saberse la historia de mi país para entender la

Vista de la iglesia de
Santa Maria di Monte
dei Cappuccini desde la
rivera del río Po.



La iglesia del Sacro Cuore di Maria,
reconstruida en su totalidad después
de la Segunda Guerra Mundial.





En Via Mazzini 22 está una de las gelaterías más famosas de la ciudad: Conogelato Lab. Derecha: jardín exterior de la Reggia di Venaria Reale.



belleza de esta sala y de las otras que albergan el museo. Una curiosidad: la última sala, la número 30, es la única sin un nombre real y propio. Estaba pensada para ser hogar de la nueva Cámara de Diputados del reino, pero poco antes de estar lista la capital fue transferida a Florencia y luego a Roma, y así, la Sala della Camera quedó sin función y sin nombre. Pero háganme caso, sus frescos causan sin duda un efecto "wow".

De vuelta en la Piazza Carignano, uno se encuentra delante de dos lugares de culto para los apasionados gastronómicos: Il Ristorante del Cambio y la Gelateria Pepino. A Cambio uno va por la cocina típica del Piemonte, con su aire de fin de siglo, sí, pero también para ver y tal vez reservar, la misma mesa donde solía sentarse el conde Cavour, electo en 1861 como primer presidente del Consejo de Ministros. Eso sí, no es ideal para una cena romántica, pues todos los asistentes tendrán los ojos encima, pero ése es el riesgo de querer estar en el "place to be". En cambio a Da Pepino uno va a probar un "Pinguino". Patentado en 1939, el Pinguino fue la primera paleta helada cubierta del

mundo. Entonces valía una lira, lo mismo que ir al cine. Era lo que costaba poder disfrutar un helado decorado con cuatro escudos reales, ya que desde 1910 Pepino era el proveedor oficial de la Casa Saboya. Y es que en Turín hasta el helado tenía algo de noble.

Siguiente parada, Piazza Castello. Si aquí la idea es visitar Palazzo Madama y el Palazzo Reale, hay que considerar que sólo en este último hay siete museos: así que incluso limitándose a las salas más importantes, hay que calcular al menos medio día para apreciar sin prisas la atmósfera, los estucos, los cristales, oros y objetos preciosos, muchas veces piezas únicas en el mundo. Del Palazzo Madama se puede decir que es una broma de la historia y la arquitectura, no por nada la llaman "casa dei secoli". Llegando por la Via Po, tiene la apariencia de un castillo medieval, mientras que acercándose por Via Garibaldi parece un palacio del siglo XVII. Elija cada quien qué parte visitar primero, el resultado será de cualquier manera una mezcla de estupor y agradecimiento hacia el arquitecto Filippo Juvarra quien, bajo la orden de Madama Reale Cristina di Francia e Maria Giovanna Battista di

Turín

Saboya-Nemeurs, remodeló el antiguo casti- llo conservando el pasado, pero agregándo- le dos grandiosas obras de estilo barroco como la fachada o la escalinata de honor, imperdible a decir lo menos. Escalinata que casi compite en belleza con aquella del Palazzo Reale, y que por sí solos serían suficientes, junto a la Sala del Trono, para lograr entender el espíritu de lujo y opulencia que estos espacios querían transmi- tir a sus visitantes de entonces, y quienes sa- lían seguramente intimidados de la potencia de la Casa Saboya. E intimidada estoy también yo, sobre todo cuando entro en la Armeria Reale. Hay que imaginarse una galería con más de 70 metros de largo, completamente cubierta de frescos, decorada con estucos, cubierta de mármol, *scandita* por un ejército a caballo con armaduras medievales, lanzas, fusiles y bayone- tas. Mientras uno camina con la mirada en el te- cho, aturdido de tanto esplendor y riqueza, hay que pensar que el suelo que uno está pisando, de una perfecta geometría de rombos en már- mol blanco y negro, fue traído aquí pieza por pieza del Salone di Diana della Reggia di Venaria, donde hoy hay una copia idéntica. Excesos de una época de oro, en todos los sentidos. Cuan- do se llega a la sala del fondo de la Armeria, en un segundo uno se encuentra en el Estremo Oriente, entre armaduras, reliquias, estandar- tes chinos y japoneses, regalos de reyes y em- peradores. Y en una vitrina, entre una decena de pistolas y floretes, una espada bañada en oro con una leyenda que dice "Spada di Napoleone Bonaparte". En el centro de tanta abundancia, la espada de Napoleón es otra, como tantas.

Para un descanso de las piernas y los ojos, detrás del Palazzo Reale se encuentran los Jardines Reales, donde la Mole Antonelliana parece tan cerca que dan ganas de tocarla. El mismo efecto, con el plus de la vista de la ciudad entera a los pies, se consigue de la ter- raza de Villa della Regina, la primera residencia de campo de la "Corona di Delizie", en el cir- cuito de las Residenze Sabaude. A decir verdad, de campestre aquí hay poco, porque el centro está a menos de 20 minutos, justo a un lado del río Po, pero la idea de que en el parque de la residencia haya un viñedo y que la ciudad pa- rezca lejana, distante, más allá del vasto parque,

le da sin duda todas las características de una villa campestre. Reabierta al público apenas ha- ce unos años, Villa della Regina es una verdade- ra joya arquitectónica que ha vuelto a la luz: hay que entrar, perderse en la belleza de sus salo- nes, e intentar imaginarse los suntuosos bailes, las cenas y los lujos de otros tiempos, y todas las mujeres (ya que éste era el refugio de la reina y sus damas). Es divertido imaginárselo, y Turín es- tá allí, en la línea del horizonte, en realidad a po- cos minutos, con los Alpes como telón de fondo.

Desde este punto panorámico privilegia- do dan ganas de caminar y descubrir el resto de las "Corona di Delizie", las otras residen- cias de la Casa Real, Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO desde 1997. Para seguir hacien- do eco del otro lado de los Alpes, se podría decir que este circuito de domicilios nobiliarios es un poco como la versión italiana de Val de Loire. A me- nos de 20 minutos —y a diez kilómetros de la Pia- zza Castello— se llega a la Palazzina di Caccia di Stupinigi. A unos kilómetros antes de llegar, si el día está claro, se puede percibir desde le- jos un ciervo en lo alto de una cúpula, apenas la punta del inmenso complejo arquitectónico de- dicado al arte de la caza. Un rito, el de las par- tidas de cacería, que se celebraba en promedio dos veces a la semana, en un contexto que en lu- gar de ser rústico era de lujo extremo. Aquí tam- bién pareciera casi infinita la secuencia de salas, salones, gabinetes chinos recubiertos de sedas pintadas a mano, tapices gigantescos, ilumina- dos por lámparas de vidrio de Murano o de ma- dera cubierta de oro, repleto de muebles adorna- dos con marfil y tortuga. Imágenes que sin duda se quedan grabadas, sin necesidad de ser ningún experto en arte. Pero si pensaban que seguir el tour completo de las Residenze Sabau- de (o la ruta de residencias de los Saboya) sería repetitivo porque todas son similares, construi- das por la misma familia y siempre como lugares de descanso, están equivocados. Todo lo con- trario. La importancia de la "Corona di Delizie", es justamente el hecho de que cada una tiene su propio estilo arquitectónico y su decoración, lo que contribuye a crear un cuadro comple- to de aquello que fue la ideología monárquica de la Europa de los siglos XVII y XVIII. Por eso, vale la pena darse el tiempo de seguir este paseo por

La via Murazzi del Po
Ferdinando Buseaglione
es una de las zonas
peatonales más
tranquilas de Turín.





Villa della Regina es una
residencia de la casa real
de Saboya, declarada
Patrimonio de la Humanidad
por la UNESCO en 1997.





NAZIONALE

PROMOZIONI NOVITÀ

CELLI

110111

110111

OPERATA
OPERAZIONI
MASTRAI

HOTEL



Villa della Regina, edificada en el siglo xvii con un jardín en forma de hemicíclo.

la historia, pero más que nada por la pura belleza, del arte desde luego, pero también de los espacios verdes interminables, ideales para practicar trekking, caminata nórdica y paseos a caballo. Al final de cuentas, estas residencias fueron creadas para realizar este tipo de actividades, como espacios de veraneo para la familia real.

Si Stupinigi era el espacio predilecto de los hombres de la Casa Saboya, porque estaba pensada para la caza, el Castello di Racconigi era el de las mujeres: el Parco La Mandria que lo circunda, diseñado por el arquitecto de jardines Xavier Kurten, es una sucesión interminable de invernaderos, granjas, canteros repletos de flores y paseos arbolados donde anidan las cigüeñas. Ya en el castillo, para echarle un vistazo al clásico video de sala y a los salones llenos de ornamentos riquísimos, hay que recordar que aquí hay más de diez mil cuadros. Y no todas las piezas pueden ser expuestas en la decena de salas, ya colmadas de pinturas. Racconigi conserva de hecho la más rica colección de retratos de la Casa Saboya, y admirarla significa hojear el álbum fami-

liar de las familias más aristócratas de media Europa, con las cuales habían emparentado.

A pocos kilómetros de aquí se llega a la Tenuta Reale di Pollenzo, donde desde 2004 se encuentra la sede de la Universidad de las Ciencias Gastronómicas y del vino, fundada por Carlo Petrini, el "papá" del Slow Food y del movimiento que derivó en la salvaguarda de lo mejor de la producción enogastronómica italiana. También Pollenzo era una de las residencias de los Saboya, nacida en el siglo xviii como una verdadera hacienda agraria con viñedos y bodega, donde se experimentó con técnicas de vinificación que todavía se utilizan en la actualidad por los grandes tintos de Langhe. Aunque hoy en día ya no puede visitarse porque es hogar de los estudiantes y los maestros dedicados a la gastronomía, queda eso sí, un hermoso edificio que admirar. Si uno pasa por la zona, una rápida parada para la foto, con las torres almendras vale siempre la pena. Y tal vez, si ese día se organiza algún evento abierto al público, uno tenga la suerte de disfrutar de una degustación de productos o cata de vinos.

Turín



...VLVSQVE · TAVRINVS · OB · A...



Siguiendo al norte de Turín se encuentra Aglié. Un municipio con pocas almas, y en cuyo centro hay un castillo con una decena de salas. Aglié no se encuentra en el top ten de los lugares más visitados de Italia, ni siquiera del Piemonte, pero ha vivido sus buenos momentos, sobre todo de gloria cinematográfica. Muchas películas y telenovelas fueron filmadas aquí, utilizando su espléndida fachada de ladrillo rosa y sus cientos de ventanas como telón de fondo. Hay quien todavía se acuerda de la famosa serie *Elisa di Rivombrosa*, de la directora Cinzia TH Torrini, transmitida en todo el mundo y responsable de haber hecho que este pequeño pueblo semidesconocido se inundara de turistas.

Pareciera también un escenario teatral la perspectiva de los arcos del Castello di Rivoli, desde 1978 sede del Museo de Arte Contemporáneo. Se trata de una parte del edificio que quedó incompleta, lo que la hace todavía más fascinante, ya que hoy más que nunca es el perfecto compendio arquitectónico, con pedazos de vanguardia que componen la colección permanente de Rivoli y las exposiciones temporales que se ubican en las salas del castillo. De las decoraciones originales, medievales y del siglo XVII, ha quedado casi nada, así que por una vez, aquí no hay objetos preciosos ni muebles antiguos ni maravillas extrañas, en cambio, hay esculturas, pinturas e instalaciones de artistas renombrados en el mercado internacional, como Vanessa Beecroft, Michelangelo Pistoletto y Sol LeWitt. Este segundo aire de una antigua casa no es ninguna sorpresa, ni tampoco la presencia tan absoluta del arte contemporáneo en esta región: Turín es en realidad la ciudad italiana que ha sabido plantearse el desafío de un renacimiento de lo antiguo como espacio para el arte del mañana. Sólo hace falta pensar en la Fondazione Sandretto Re Rebaudengo, que hace 20 años abrió sus puertas en un antiguo hangar en un barrio industrial de Turín para convertirse en uno de los polos y puntos de referencia del mundo del arte contemporáneo. Otras que ayudaron a renovar la imagen de la ciudad en ese sentido fueron Giovanni e Marella Agnelli, que en 2002 le dieron vida a la Pinacoteca que lleva su nombre. La misma sede fue en su

época una pequeña revolución para la ciudad: la colección se encuentra en un arca de acero suspendida a 34 metros de la pista de pruebas de los coches Fiat, en el techo del Lingotto. Una pequeña obra maestra de arquitectura moderna firmada por Renzo Piano. Y de arte moderno y de vanguardia está lleno todo el campo piemontés, en aquellas verdes colinas donde nacen los vinos Barolo y Barbaresco, está también el proyecto Art&Design parte de la Ceretto Experience, en Langhe, o el más reciente ejemplo, en Locanda La Raia, una bodega vinícola biodinámica en la zona de Alessandria que acaba de empezar su colección de arte con *Bales*, una obra de Michael Beutler, con el tema de la recuperación de los desperdicios industriales. Es así como una vez más se repite el mismo camino, de la fábrica se regresa a la tierra para terminar en el mundo del arte.

Una síntesis perfecta de este largo viaje es la Reggia di Venaria. Creada en el siglo XVII por orden de Carlo Emanuele II. Venaria era en su época el corazón de un gigantesco conjunto que desde las puertas de Turín llegaba casi hasta los confines de Francia. Las crónicas cuentan que incluso Luis XIV, después de haberla visto, mandó construir a imagen y semejanza su palacio de ocio, es decir, Versalles. Así que, por una vez, fue París la que copio a Turín. Venaria es uno de esos tesoros que Italia se ha arriesgado a perder para siempre: después de décadas de abandono, en los años ochenta, aquellos de la industrialización a cualquier costo, se decidió tirarlo para hacer espacio a las nuevas naves industriales, más rentables, pero después, una administración más cuidadosa con la protección del patrimonio histórico decidió, finalmente, restaurarlo y repararlo. Hoy, la famosísima Galleria di Diana, con sus 73 metros de largo decorados, es un poco la postal, el ícono de todo el circuito de las casas de campo. Era el año 2007. En diez años ha cambiado totalmente la percepción de la "Corona di Delizie" y de aquella excapital del Reino de Italia que merecería sin duda estar entre los más fascinantes para descubrir. ¿Quién pensó que algún día diría que se había enamorado de Turín? Yo, desde luego, no. Y, sin embargo, me sucedió.

Turín

